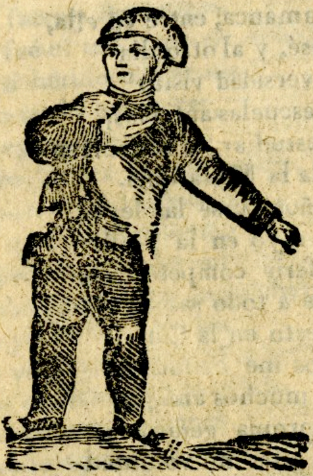
248

Rom. 4



PRIMERA PARTE.

De la relacion nueva de Lisardo el Estudiante de Córdova, decláranse los lances de amor, miedos y sobresaltos que le acaecieron con Doña Theodora, natural de Salamanca. Refierese como habiendo idó una noche á escalar el Convento para sacar á esta Señora, vió su Entierro: con otras particularidades.

Escucha Carlos mi Historia,
sino te enfada el oirla,
por lo extraordinario y larga,
ó por no menos Prolixa
que triste ne su confusion,
pues ella será vestida
de repetidos asombros,
siempre anunciando desdichas.
Mi nombre propio es Lisardo,
Cordova es la Patria mia,
y tierra donde mis ojos
la primera luz veìan.
En esta Ciudad criéme
con las costumbres debidas,
y estilos mas bien versados
que hay en la Cavalleria;
y despues que hube estudiado
hasta la Filosofia,
llegué à la edad mas perfecta
de mis años pues cumplia
diez y siete Primaveras
quando mi Padre sentia
que andava mal divertido
con que el instante
á estudiar à Salamanca
fietandome la partida
con dineros, y un Criado
que llevé en mi compañia
y dentro de brebe tiempo
à los muros dimos vista

de Salamanca; entré en ella,
descansé, y al otro dia
la Universidad visito
de las escuelas antiguas,
donde estudiantes concurren.
de toda la Monarquìa.
Tres años cursé las leyes,
siendo rayo en la porfia
de conferir competencias,
dandole á todo salida,
y con esto en la Ciudad
ya todos me conocian;
adquirì muchos amigos,
de mi propia gerarquia,
y entre estos mi voluntad
solo à uno preferia;
tenia por nombre Claudio,
en amistad tan crecida;
de tú por tú nos hablamos,
Claudío una hermana tenia,
llamada Doña Teodora.
de virtudes tan crecidas,
de discrecion recatada,
que de sus ojos las niñas
jamas levantó del suelo,
siempre de Dios asistida;
tocóme su amor al alma,
quedando yerto, y sin vida:
desde el punto que la vì,
era una hoguera encendida
mi pecho un bolcán ardiente;
y aunque me hallaba à la vista
de Theodora, nunca pude
hablarle sino es por cifras;
y ella honesta y sonrojada
se hacia desentendida,
bien por temor de su hermano
ó por rigor de dos Tias,
que son las que la criaron,
y à su cargo la tenian:
quise pedirla à su hermano,
y me dieron la noticia,

de que estaba para monja
dedicada y dirigida.
Apenas tan tristes nuevas
adquirì, cuando mis dichas
se desplomaron al suelo,
quedando desde aquel dia
descuadernado de insultos
desvelado de fatigas,
ostigado de congojas;
y en fin sin norte y sin guia,
hasta que tuve ocasion
por una criada misma
de la casa de Theodora,
que humilde y compadecida
de mi, se determinó,
por un postigo que habia,
el darme entrada una noche,
de algun interés movida,
me hizo francas las puertas,
y con huellas no sentidas
armé de valor el miedo,
subí una escalera arriba.
Llegué al cuarto de Theodora,
y à la luz de una buxía
la vide estar inclinada
á un libro donde leia,
tan embebida en estremo,
que hasta que la sombra mia
le hizo que recordase,
no sintió quien la impedia.
Quitó del libro los ojos,
y temblando: estremecida,
fué á hablarme pero no pudo;
yo entonces, Señora mia,
la dije: no os asusteis,
pues vuestro honor no peligra;
que nunca está mas gurdado
que ahora que le cobija
sangre noble, mas no es tiempo
de que mi defrago os diga,
quando miro los temores
cercados de mi osadía.

la mente, consideraba
de que si atrás me volvia,
aun mas peligros me estaban
amenazando la vida.
En fin mas muerto que vívo,
con la sangre helada y fria,
llegué tambien á la Iglesia,
donde tragando salivas
estube en la puerta un rato,
si entraria, ó no entraria.
Acudiendo desde alli,
mirando la Clerecla,
que dividida en dos Coros
las Exequias disponian.
Despues que al difunto cuerpo
en medio puesto lo habian,
cercado de muchas luces,
le oia cantar la Vigilia,
y dije encantos tan santos
no pude haber fantasia
de aparienscias y visiones;
con que á entrar me resolvia.
Lo mas secreto que pude
entré, y con agua bendita
signandome muchas veces,
ni un Pater Noster podia
rezar á causa que tantos
pusieron en mi la vista,
clavandome con los ojos;
por donde quiera que iba
no me dejaban ni un punto;
y cuando me parecia,
que ya nadie me miraba,
con recatos y cortesía
le pregunté el mas cercano
de los cantores que habia,
que quien era aquel difunto?
Y dió un suspiro, y decia:
es Lisardo el Estudiante,
de quien podreis dar noticias
vos como, sois el mismo.
Aqui si me acometian

los verdaderos temores,
aqui fueron las fatigas,
aqui fué el tentarme el pecho,
por si herido me sentia,
como suele acontecer,
A preguntarle volvia
á otro, á ver si concordaba,
lo mismo me respondia:
á lo qual les repliqué,
mirasen lo que decian
los dos, porque se engañaban,
que yo de cierto sabia
que no era Lisardo el muerto.
Aun no habia yo acabado
de decir estas razones,
cuando aquel que presidia,
puesto en pié dió una palmada
y por todos respondía
diciéndome: caballero,
cuantos están á tu vista
son Almas del Purgatorio,
que ayudadas y asistidas
de la Oracion, y limosna
da Lisardo, agradecidas
hemos venido á enterrarle,
y á corresponder benignas,
pidiendo á Dios por su Alma,
que de presente se mira
en duda de salvacion,
y en grande riesgo metida;
y pues vos nos impedis,
los oficios no prosigan,
que así vos los perdereis.
Apenas esto decía,
cuando matando las luces,
todos desaparecian.
Caí en tierra desmayado,
y aunque casi muerto, oía
las divinas amenazas,
cuando en mi acuerdo volvia,
incliné al Cielo los ojos,
ante Dios por osadía,

Col. Compte

diciendo : Señor, conozco
el mal ejemplo y doctrina
que he dado en tu Santa Casa,
mas por tu bondad infinita
propongo de aqui adelante
enmendar mi mala vida ;
bien conozco que á ofenderos
mi vil pasion se encamina ,
mas vuestra misericordia
de instante á instsnte me avisa ,
y á cada paso me llama,
y yo ciego en mi porfia ;
y aunque contra Vos pequé,
si de aqui salgo con vida ,
le hecharé la bendicion
al mundo y sus tropelías.
Ea, amparadme Dios mio ;
y entre angustias, y fatigas ,
asido de las paredes
de la Iglesia me salia ;
cuando me vide en la calle ,
como que no lo creía ;
triste , muy pesaroso
fuí á mi casa , y repartia
dineros, joyas y alhajas ;
la ropa de mas estima
la regalé á mi criado :
y abrazandole , decia :
ea, leal compañero ,
Lisardo perdió la vida,
yo propio le vi matar ,
que te daré señas fijas,
yo le acompañé en su entierro ,
yo asistí mientras se hacian
sus ecsequias en la iglesia.
Amigo del alma mia ,
ya no nos veremos mas,
que voy á hacer nueva vida
para salvarme , me aparto ;
por que ya Dios me destina
donde he de hacer penitencia
lo restante de mi vida.
Mañana irás al convento,
dando à Teodora noticia ,
dirás lo que me ha pasado ,
que reflecsione su vida ,
y que me encomiende á Dios,
que en todo el tiempo que viva
no me verán mas sus ojos ;
con lágrimas repetidas
estas razones le dije
por última despedida ,
quedando el pobre criado
tan asustado , que hacia
estremos de sentimiento,
cuando vió que me partia.
Hasta aqui llegó la historia ,
todo esto es la verdad fija :
á Dios , Cárlos , y si acaso
mis suspiros te lastiman ,
pide á Dios, que nos defienda
de tentaciones nocivas ,
y de los lazos del mundo ,
porque al partir de esta vida
mí alma suba triunfante
á la patria esclarecida.

FIN.

Barcelona : Imprenta de I. Estivill , calle de la Boria.